

La coherencia como privilegio.

Traición, clase y el precio de ser fiel a uno mismo.

1. Las raíces como lastre y como refugio.

Hay una pregunta que impregna la biografía de cualquiera: ¿por qué unos se quedan y otros se van? ¿Por qué unos mantienen los vínculos con su familia, su barrio, su clase y sus ideas de origen, mientras otros los abandonan para abrazar otras formas de vida, otros círculos y otras lealtades? La respuesta no es sencilla ni admite juicios morales precipitados. No se trata de decidir quién es mejor, si el que se queda o el que se va, sino de entender qué condiciones hacen posible una cosa y la otra.

La tesis de este ensayo es que la coherencia con las raíces no es solo una virtud individual, es también un privilegio de clase. Quien puede permitirse la coherencia es porque tiene una red de apoyo, un entorno que no le castiga por sus ideas o porque no ha tenido que elegir entre sobrevivir y ser fiel a su origen. Y a la inversa, hay quienes traicionan sus raíces no por necesidad, sino por arribismo, por desprecio de clase o por el deseo de pertenecer a un mundo que les promete reconocimiento.

Este ensayo desarrolla cinco ideas:

- Salir de las raíces tiene un coste afectivo y económico que no todos pueden asumir.
- La coherencia no es solo una elección moral, también es una posición social.
- El arribismo y el desprecio de clase existen, pero no explican todas las traiciones.
- Los que se quedan no siempre lo hacen por convicción, a veces no tienen otra opción.
- Las raíces no son puras ni inmutables y la nostalgia del origen puede ser una trampa.

El cierre del ensayo reflexiona sobre qué sociedad queremos: una que obligue a elegir entre coherencia y dignidad o una que permita ambas.

2. El precio de salir.

Salir de las raíces no es gratis. El que se va de su barrio, de su pueblo o de su clase social paga un precio que rara vez se menciona en los relatos de éxito. Paga el precio de la culpa, la sensación de haber traicionado a los suyos. Paga el precio del desarraigo, la sensación de no pertenecer ni al lugar de origen ni al de destino. Y paga el precio de la soledad, la pérdida de la red de afectos y de apoyos que le sostenía.

En España, la movilidad social es un fenómeno limitado y costoso. Según el informe de la Fundación Foessa, solo el 39% de los españoles logra un puesto de mayor estatus que sus padres, una cifra inferior a la de Alemania (48%). La probabilidad de que un niño nacido en el 20% más pobre llegue al 20% más rico es de un 10% en España y del 15,7% en Suecia. Y no es solo una cuestión de renta, el origen familiar determina también el nivel educativo, el tipo de empleo, la salud y hasta la esperanza de vida.

El que asciende socialmente no solo cambia de ingresos, cambia de códigos, acentos y formas de estar en el mundo. Y ese cambio tiene un coste. El sociólogo Pierre Bourdieu describió cómo las clases populares que acceden a la educación superior se enfrentan a un proceso de "desclasamiento" al aprender los códigos de la clase dominante, aunque no siempre son aceptados por ella, y al mismo tiempo se distancian de su clase de origen. Es una doble exclusión, ni están del todo dentro ni fuera.

3. La coherencia como privilegio.

Quien puede permitirse no traicionar sus raíces es porque tiene una red de seguridad, una familia que le apoya, un entorno que no le castiga por sus ideas y unos ingresos que le permiten vivir sin renunciar a sus principios. La coherencia no es solo una virtud moral, es también una posición social. El que se queda en su barrio, en su pueblo y en su clase, no siempre lo hace por convicción. A veces lo hace porque no tiene otra opción.

La filósofa Marina Garcés ha señalado que la vulnerabilidad es una condición compartida, pero no todos somos vulnerables de la misma manera. El que tiene una red de apoyo puede permitirse el lujo de ser coherente. El que no la tiene, a menudo debe elegir entre la coherencia y la supervivencia. Y esa elección no es libre, porque está condicionada por las circunstancias materiales.

En España, el 67,1% de los jóvenes de 18 a 34 años vive con sus padres, y la edad media de emancipación supera los 30 años. Para muchos, la posibilidad de elegir dónde vivir, con quién y en qué condiciones depende de factores que escapan a su control. La coherencia con las raíces, en ese contexto, no es solo una elección, es un privilegio que no todos pueden permitirse.

4. El arribismo y el desprecio de clase.

Pero no todas las traiciones son forzadas por las circunstancias. Hay quienes traicionan sus raíces por arribismo, por el deseo de pertenecer a un mundo que les promete reconocimiento. El que reniega de su origen para ser aceptado por la clase dominante. El que imita sus códigos, sus gustos y sus formas de hablar. El que se convierte en el guardián más feroz de las jerarquías que antes sufrió.

El sociólogo Thorstein Veblen describió el consumo ostentoso como la forma en que las clases altas exhiben su riqueza y su estatus. El arribista es el que imita ese consumo para ser aceptado. Pero la imitación nunca es completa, porque el arribista siempre es sospechoso, siempre está a prueba, siempre puede ser señalado como un impostor. La traición de clase no le garantiza la aceptación; a menudo le condena a una perpetua inseguridad.

El filósofo polaco Zygmunt Bauman describió al "traidor de clase" como una figura trágica, el que asciende socialmente y se convierte en el defensor acérrimo del orden que le permitió ascender, porque su posición es frágil y necesita demostrar constantemente que pertenece. Es el que cierra la puerta tras de sí, el que impide que otros suban, el que olvida de dónde viene.

5. Los que se quedan.

Los que se quedan tampoco son héroes por defecto. A veces se quedan por convicción, porque creen en su comunidad, en su clase o en sus ideas. Pero a menudo se quedan porque no tienen otra opción. La falta de recursos, la falta de oportunidades, la falta de redes de apoyo les impide salir. Y esa falta de opción no es una virtud, es una condena.

La romantización de la autenticidad es una trampa. La pobreza no es más auténtica que la riqueza. El que se queda en el pueblo porque no puede irse no es más coherente que el que se va porque no puede quedarse. La coherencia, como la traición, no siempre es una elección libre. Está condicionada por las circunstancias materiales.

El escritor Raymond Williams, hijo de una familia obrera galesa que llegó a Cambridge, describió esa tensión con lucidez. Él se fue, pero nunca dejó de sentirse parte de su clase. Su obra es un intento de reconciliar la coherencia con la movilidad, de mantener los vínculos con las raíces sin renunciar a las oportunidades que la vida le ofreció. No es una tarea fácil, y no siempre se consigue.

6. La trampa de las raíces.

Las raíces no son puras ni inmutables. Son construcciones sociales e históricas que cambian con el tiempo. El barrio de la infancia no es el mismo barrio de la madurez. La clase social de origen no es una esencia que se lleva para siempre. La familia cambia, las ideas cambian, el entorno cambia. La nostalgia del origen como paraíso perdido es una trampa, no hay un "auténtico" que preservar, porque todo cambia, incluidos nosotros.

El filósofo Martin Heidegger habló de la "tierra natal" como un espacio de arraigo, pero también advirtió que el arraigo no es una posesión, sino una relación. El que se va no deja de estar arraigado, simplemente cambia de arraigo. Y el que se queda no está más arraigado que el que se va, simplemente tiene un arraigo distinto.

La identidad no es un destino, es un proceso. No hay una forma "auténtica" de ser de clase obrera, de ser de un pueblo o de ser de una familia. Hay formas de ser que cambian con las circunstancias y con las elecciones. La coherencia no es la fidelidad a una esencia inmutable, sino la capacidad de mantener los vínculos y los valores a través del cambio.

7. La vida sin juicio.

La pregunta de por qué unos traicionan sus raíces y otros no resulta difícil de contestar. No se trata de juzgar a los que se van ni de idealizar a los que se quedan, sino de entender las condiciones que hacen posible la coherencia y las que empujan a la traición. La coherencia no es solo una virtud, es también un privilegio. Y la traición no es solo una falta, es también una respuesta a las circunstancias.

La sociedad que queremos no debería obligar a elegir entre la coherencia y la dignidad. No debería castigar a quien se queda ni estigmatizar a quien se va. Debería ofrecer las condiciones para que cada uno pueda elegir con libertad, lo que exige una vivienda asequible, un trabajo digno, una red de apoyo y una educación que no dependa del código postal. Y debería, además, reconocer que la coherencia y la traición no son categorías morales absolutas, sino posiciones que dependen de las circunstancias.

La reflexión final con la que acaba este ensayo no es una condena ni una absolución, es una invitación a mirar las raíces con lucidez, sin idealizarlas, despreciarlas, ni convertirlas en un fetiche. Las raíces son lo que nos sostiene y lo que nos ata. Y la libertad consiste, quizás, en poder elegir qué vínculos mantener y cuáles soltar, sin que esa elección esté determinada por la necesidad. Porque la coherencia, como la vida, no se regala, se conquista. Y esa conquista exige condiciones que no todos tienen.